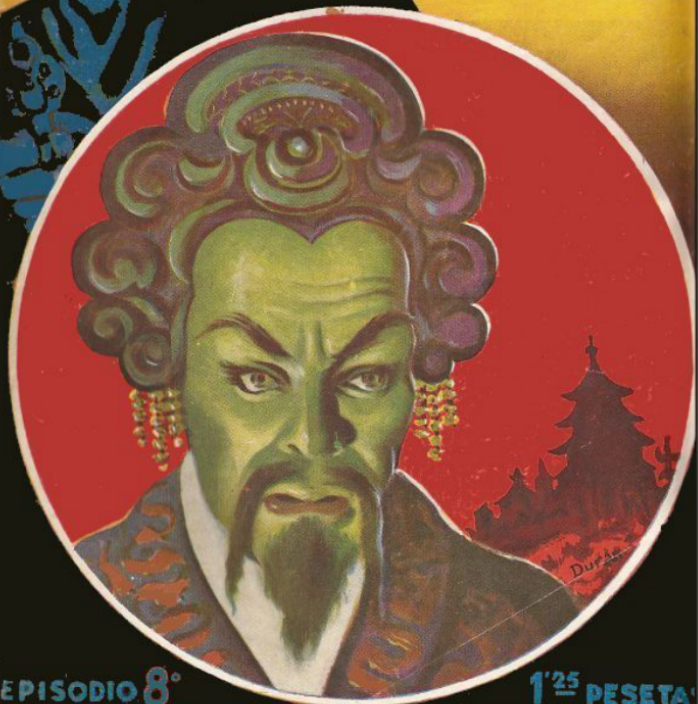
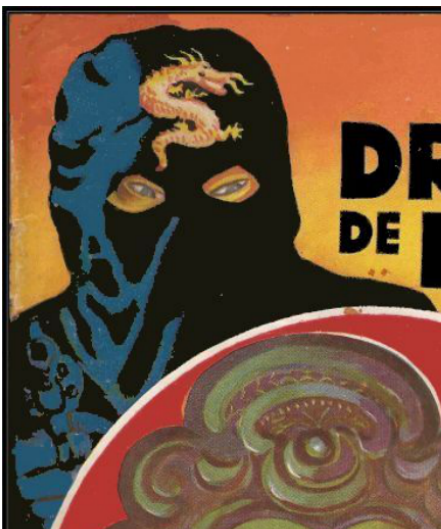


El DRAGÓN DE FUEGO



EPISODIO 8°

1'25 PESETA

EL GRAN SACERDOTE MOGOL

Fidel Prado Duque

El gran sacerdote mogol

El dragon de fuego - 8





Capítulo primero

A meterse en la boca del lobo

EL profesor Karus y su criado Regis, satisfechos de la ayuda que acababa de prestarles la Providencia, poniendo a su paso a los dos

lamas que se habían aventurado por tan extraviada ruta, caminaban por las asperezas del sendero, barajando planes para el futuro.

Ahora, poseían comestibles para varios días —pues las alforjas encontradas en los burros iban bien abastecidas—, dos resistentes y pacientes monturas y ropas nuevas, que, además, les escudarían contra algunos peligros, pero necesitaban trazarse un plan futuro de operaciones para poder llegar al objeto de su viaje.

Karus, previsor, preguntó:

—¿Qué opinas que debemos hacer con este misterioso sobre lacrado?

—Abrirle y enterarnos de su contenido.

—Bien, pero si lo abrimos, quizá sepamos algo que no sea útil, pero en cambio no podremos hacer entrega de él si nos conviniera para nuestros planes. Sería muy útil llegar al Monasterio y hacernos pasar por esos desgraciados, pero tendríamos antes que estar seguros de que este pliego será un buen talismán para nosotros.

Regis, que poseía inventiva, se dió una palmada en la frente diciendo:

—¡Ya está!... Tengo un medio de poder enterarnos del contenido del sobre sin que se sospeche nada.

—¿Cómo? —preguntó Karus esperanzado.

—Levantando los lacres sin romperlos y volviéndolos a colocar.

—No es tarea fácil para hacerla aquí.

—¡Vaya si lo es!... Verá usted qué fácil.

Buscó el amparo de unas peñas, y apeándose suplicó al profesor que le imitase.

Éste, intrigado, se apeó del burro, trabándole en previsión de que se le escapase, y se unió a su criado.

Regis, que por nada del mundo abandonaba algunos pequeños objetos que siempre consideró de utilidad suprema, buscó en el interior de su cota de malla y extrajo una pequeña cajita en la que guardaba cuidadosamente el yesquero y el pedernal.

Reunió ramaje seco y lo prendió, formando una hoguera. Luego, templó la hoja del pequeño puñal, y cuando estuvo caliente la aplicó cuidadosamente a los lacres, despegando éstos con suma habilidad.

Los lacres eran de cera roja y tenían grabado un extraño

jeroglífico que a Karus le fue imposible descifrar. Cuando consiguió su objetivo, el profesor extrajo un pequeño pliego de pergamino, escrito finamente con caracteres chinos, y los leyó con profunda atención.

Enterado de su contenido con asombro, hizo la traducción a su criado para que éste se enterase fielmente.

El escrito decía así:

«Al omnipotente y todopoderoso Wang-Cheng, Gran Jefe de «El dragón de fuego», alma y vida de nuestra causa y pozo de profunda sabiduría sobre la tierra:

”Yo,

Yi-Yan

, humilde representante de nuestra amada secta y Gran Lama del monasterio de Liangcheute, comunico que a las puertas de mi Monasterio ha llegado próximo a entregar su alma a Anathaba[1], uno de nuestros fieles, procedente de Chitkul, en el valle de Bospa, al otro lado de la frontera de Peyut[2], y en su tránsito para el paraíso, me ha revelado el fruto de sus descubrimientos en la parte del Turquestán, para que los haga llegar a ti, ya que el Gran Buda, al llamarle a su seno, le privó de la dicha de comunicártelos personalmente.

”Según sus descubrimientos, el renegado

Meng-Wu

, a quien tú expulsaste de la secta por ambicioso, está organizando un y viaje a Lhasa para asistir en el templo de Tarshu, a la proclamación del nuevo «Dalai Lama», y, al tiempo, para realizar ciertas averiguaciones relativas al codiciado tesoro que hace varias centurias todos deseamos.

«

Meng-Wu

se ha enterado de que algunos extranjeros siguen la pista al tesoro, y de que tu estás detrás de ellos y trata

de aprovecharse de estos trabajos para descubrir su paradero y arrebatárnoslo con la ayuda de sus partidarios de «El loto azul».

«Te envío este informe seguro de que llegará confidencialmente a tus manos, porque los encargados de llevarlo son las dos personas de mi mayor confianza. Uno, Yang, «gese» o licenciado, es cultísimo y listísimo, y el otro, Tseng, «genjen» o novicio, posee una inteligencia extraordinaria. Es mudo, pero, en unión de su compañero, son dos elementos valiosos, que si te son útiles, los pongo a tu disposición para que los emplees, seguro de que te servirán fielmente.

«Conocen muy bien Lhasa y los monasterios de Tarsh y de Pótala, y pueden serte muy valiosos para ayudarte a penetrar en ellos si encuentras dificultad.

«Que Buda te ilumine para hallar el tesoro, y que te de fuerza para eliminar de nuestro paso al traidor Meng-Wu

». Tu fiel servidor hasta la muerte,

Yi-Yan

».

Cuando el profesor terminó su lectura, ambos se miraron de modo interrogante.

—¿Qué opinas tú de esto? —preguntó Karus.

—¡Oh!... Primeramente, que éramos pocos, y... se aumentó la familia. Por si no había bastantes ratas amarillas con quien luchar, ahora surge otro puñadito de ellas.

—Es cierto, pero acaso esto nos favorezca.

—¿Por qué?

—Porque ahora sus esfuerzos no se reconcentrarán sólo contra nosotros. Tendrán que luchar entre sí y esto nos dará un respiro.

—¡Oh! ¡Pues tiene usted razón!... No había pensado en ello, pero también nosotros tendremos doble número de enemigos a quien hacer frente.

—No lo discuto, pero como hemos quedado en que toda China

es nuestra enemiga, ¿qué más dan algunos millares más donde hay tantos millones?

—De acuerdo-dijo Regis convencido. —¿Cuál es su opinión además de ésta?

—Que nos convendría entregar este mensaje al Gran Sacerdote Mogol de Chenlan.

—¿Por qué?

—Porque si atiende la recomendación que le hace este Yi-San

, quizá nos acoja como auxiliares, y, entonces, además de estar protegidos por la secta, podemos enterarnos de muchas cosas muy útiles y, sobre todo, acercarnos al lugar donde hemos de buscar la segunda solución al problema. No olvides que hay que ir a Lanchen a averiguar qué hizo allí Buda y donde reflexionó para encontrar la nueva clave.

—Pero eso es tanto como esperar a que el lobo tenga la boca abierta para meter la cabeza dentro-afirmó ¡Regis.

—¿No estamos rodeados de lobos por todas partes? Creo que es la mejor solución si queremos avanzar en nuestro camino, de lo contrario, ni con estas vestiduras, ni sin ellas, podremos dar muchos pasos sin estar expuestos a que nos capturen. No olvides que nos buscan como enemigos, y mientras nos encuentren como aliados podemos burlarles y pasar entre ellos sin peligro.

Regis, convencido, exclamó:

—Creo que está usted en lo cierto. Después de todo nos hemos metido en esta aventura con todas sus consecuencias, y peligro más o menos, no merece la pena de ser medido. Iremos a ese Monasterio a ver qué cara tiene el sapo amarillo que lo guarda, y ya veremos qué sucede después.

—En ese caso, conviene cerrar ese sobre de forma que nadie sospeche que conocemos el contenido. Esto sería nuestra segura perdición y debemos precavernos para evitarla.

Regis, con habilidad, volvió a calentar el cuchillo, y la cera, al recibir de nuevo el calor, se reblandeció y volvió a pegarse, quedando el sobre cómo antes de ser violado.

—¡Magnífico! —exclamó el profesor—. Ahora no olvides el contenido. Yo soy Yang, licenciado en filosofía budista y tu

superior; tú eres Teng, un simple novicio, pero de dotes especiales, aunque falto de habla. Esto nos favorece porque tu chino es demasiado inglés para engañar a nadie. No olvides enmudecer y refrenar la lengua, no se te escape alguna frase que nos ponga a todos en peligro.

—¡Caray! —exclamó Regís, rascándose la cabeza—. Esto es más serio que parece. Si me quita usted el maldecir e insultar a estos sapos ictericos, ¿qué me queda para desahogarme?

—Puedes maldecirles interiormente. El placer es el mismo.

—No lo crea usted. Yo no les insulto por divertirme, sino por desesperarles a ellos. Si no me oyen no saben lo que pienso y se quedan tan tranquilos.

—Pues tienes que sacrificarte, no hay otro remedio.

—Bien, pero el día que coja a uno por mi cuenta y pueda echar fuera todo lo que guarde, ése se muere del susto solamente.

Puestos de acuerdo, volvieron a montar en los pollinos, y saliendo al áspero sendero continuaron avanzando hacia el sur.

Tanto ir y venir por el río desde su salida de Paoteuchen, les tenía desorientados, pues ignoraban a la distancia exacta que debían encontrarse de Chenlan, pero el profesor calculaba que no debía ser mucha ya que la Gran Muralla atraviesa el Hong-ho

, a la espalda de dicho poblado, y su retroceso no había sido tanto para alcanzarla de nuevo después de haberla traspasado.

Cuando llegó la noche, buscaron un refugio donde dormir. No había a la vista cabaña ni poblado alguno, y tenían necesidad de reparar fuerzas.

Regís buscó una depresión del terreno que formaba una extensa cavidad, y allí establéelo el campamento. Los ламas llevaban cada uno una manta debajo de la silla de sus monturas y les servirían muy bien de lecho.

Ató los burros a unos arbustos para que no sintieran la tentación de escapar, y sacando las alforjas hizo un inventario de las provisiones.

Según sus cálculos, había cantidad para media docena de días, y esto les dio la tónica de la distancia máxima que tendrían que recorrer.

Satisfecha el hambre, amontonaron hojas de árbol, y envolviéndose en las mantas quedaron dormidos sin preocupación alguna. Sus hábitos y su nueva personalidad les ponía a cubierto de cualquier grave contingencia, aun en el caso de tropezarse con sus perseguidores.

Ya lucía el sol con bastante fuerza, cuando despertaron. Por vez primera habían dormido a gusto desde hacía muchos días, y se sentían más optimistas y animados que nunca para llevar a buen fin sus propósitos.

En un regato próximo procedieron a darse un buen lavado, y luego, el profesor, que no quería descuidar detalle alguno, advirtió:

—Es preciso que nos cuidemos bien del disfraz, Regis; esto es elemental para engañar a nuestros enemigos, así es que en mi cota llevo bien guardada la cajita de las pinturas. Vas a proceder a retocar bien mi rostro y yo haré lo mismo con el tuyo.

—También yo conservo mis pinturas—dijo Regis. —Venga para aquí, que procedo a su maquillaje, y cuando estemos convertidos en unos auténticos hijos de Buda, desayunaremos, que ya siento hormigueo en el estómago.

Durante media hora se entregaron a la tarea de retocar el tono amarillo de su rostro y de sus manos, a repasar el trazado de las cejas para que conservaran su oblicuidad, y cuando todo estuvo a satisfacción, Regis fué en busca de los pacientes pollinos y extrajo las alforjas para preparar el desayuno.

Pero al abrirlas, frunció el entrecejo inquieto, y luego de registrarlas concienzudamente, lanzó una maldición.

—¿Qué sucede? —preguntó el profesor alarmado.

—¡Que nos han robado! —replicó Regis con los ojos muy abiertos por la sorpresa y los labios temblándole de rabia.

—¿Qué dices, Regis? —interrogó asombrado el profesor—. ¡Eso es imposible! ¡Si por aquí no hay bicho viviente!

—Le digo que nos han robado. Anoche repasé las provisiones y ahora echo de menos dos latas de pescado y unas tortas de harina de arroz...

El profesor, tan preocupado como él, exclamó:

—¡Es chocante!... ¿Quién puede haberse acercado aquí sin ser observado? Si no te equivocas, solamente puede haber sido algún

hambriento vagabundo que ronde por estos lugares.

—¿Sí? Pues ya le daré yo a él raterías. Como siga por estos contornos, le prometo cazarle y cortarle las orejas como escarmiento...

Después de desayunar parcamente, y antes de reemprender la marcha, Regis dio una amplia batida por los alrededores y exploró el paisaje desde lo alto de una loma, pero nada sospechoso descubrió. El panorama agrio, triste y solitario no acusaba rastro alguno humano.

—¡Oh, debe tratarse de alguna rata sabía que se esconde como las lagartijas, pero yo le aplastaré con mis pies! A mi no me roba ningún asqueroso sapo de éstos por mucha coleta que tenga.

Reanudaron la marcha, siempre siguiendo el áspero sendero, que unas veces casi se borraba en la tierra llana y libre, y otras serpenteaba agriamente por entre vericuetos, marañas de arbustos salvajes y quebraduras del terreno.

Mediado el día, hicieron alto para tomar algún alimento y renovar el agua de los odres, en previsión de no encontrar otra nueva durante el camino, y molidos de permanecer tantas horas a lomos de los pacientes pollinos, continuaron la marcha sin que nada en el paisaje acusase variación alguna.

Únicamente distinguieron algunas cosas perdidas en la lejanía entre la aridez de las montañas, pero como no tenían necesidad de su ayuda, prefirieron pasar de largo ante ellas, no exponiéndose a nuevos e ignorados peligros.

Al llegar la noche, Regis se encargó de buscar el refugio donde debían pernoctar. Estaba preocupado con el robo de las viandas y quería vigilar por si el ladrón volvía a intentar el asalto del campamento, pues no le agradaba llevar aquel peligro oculto a la espalda.

Como la vez anterior, buscó un hueco entre los peñascales, y tras preparar los lechos, vació las alforjas llenándolas de piedras para disimular, y guardó las provisiones junto a ellos para mejor defenderlas del audaz ladrón que quería tenerles a dieta.

Luego se envolvió en la manta, pero de forma que le permitiese poder vigilar los burros trabados no lejos de allí, y esperó armándose de paciencia y procurando no dejarse vencer por el

sueño.

Las horas de la noche transcurrieron lentas y desesperantes. Sólo el canto agrio de alguna ave nocturna truncaba el silencio opresivo que reinaba en torno a ellos, y el sueño se obstinaba en vencer al tozudo criado, pero éste se pellizcaba fuertemente ahuyentarlo y se dedicaba a maldecir por lo bajo a todos los habitantes de la amarilla China, sin hacer excepción honrosa para ninguno.



¡Ah, maldito hijo de Confucio! ¡Te voy a...!

Era muy avanzada la noche, cuando el fiel Regis se estremeció aguzando el oído. Le había parecido captar un roce cerca de él, y con todos sus nervios en tensión se dispuso a lanzarse sobre el intruso, si sus sentidos no le habían engañado.

Poco después, a la incierta luz de una luna pálida y fría,

distinguió una silueta vaga que, arrastrándose cómo un lagarto, avanzaba quedamente en dirección a las monturas. El bulto suave y silencioso reptaba sin casi poderse precisar cómo lo hacía, pero ganaba terreno y pronto alcanzó a los burros.

Cuando estuvo junto a éstos, se detuvo como escuchando y tranquilo sin duda por el silencio que reinaba en torno a él, se irguió extendiendo sus manos hacia las alforjas del burro que tenía más cerca.

A pesar de la obscuridad, Regis reconoció en el furtivo ladronzuelo la silueta de un chino. Lo acusaban sus vestiduras difuminadas por la vaga claridad lunar.

Cuando se dedicaba a soltar las correas, Regis, de un salto felino se lanzó sobre él, dispuesto a triturarlo. Era tal su indignación que sentía, que estaba dispuesto a deshacerse de él de un modo cruel.

El ladronzuelo, dotado de un oído finísimo, captó el salto de Regis, y rápido como un cóndor, trató de escapar, pero el criado, furioso, se lanzó sobre él alcanzándole diez metros más allá.

Como una tromba cayó sobre el ratero medio aplastándole sobre la tierra, y rabioso, en un inglés sonoro y amenazador, gruñó:

—¡Ah, maldito hijo de Confucio! ¡Te voy a sacar las tripas por la boca para que echas por ella lo que ya me has robado! ¡Te lo juro por todas las ranas celestiales de China!

Rabioso, le echó las manos al cuello, pero una voz débil como un susurro le detuvo al decir:

—Honorable señor Regis, no hará eso con pobre Kao muerto de hambre.

El criado, al oírle, saltó como un gamo, y levantando al medio asfixiado muchacho del suelo, le abrazó diciendo con voz emocionada:

—¡Kao!... Pero ¡maldita sea tu estampa, bandido! ¿Por qué no lo dijiste antes?

El muchacho, medio llorando de alegría, balbució:

—Kao no sabía... Creía seguir a lamas viajeros... No pudo reconocer a honorables señores... y como tenía hambre quería comer sin dar sospecha...

Regis le tomó en brazos al observarle desfallecido y destrozado, y lo llevó hasta donde dormía el profesor, al que no quiso despertar

para no malograr su sueño.

Buscó una torta y unas viandas, y ofreciéndoselas al muchacho, dijo:

—Toma, pobre Kao; come, y luego dime cómo el destino te ha permitido salvarte y reunirte con nosotros.

El chinito, con la boca llena, relató su odisea.

—Kao casi no saber cómo salvó vida en el río. Un tablón pasó cerca y Kao se agarró a él. La riada llevó a Kao hasta orilla, y pudo salvarse en tierra. Luego, vagó por montañas sin comida... sólo moreras le ayudaron a vivir... Más tarde, descubrió lamas cabalgando en burro y les siguió, dispuesto a robarles alimentos para comer. Estaba seguro de que llevarían cantidad con ellos. Kao no reconoció a honorables señores en lamas viajeros.

Regis, satisfecho de esta declaración, preguntó:

—¿Tan bien disfrazados estamos que no se nos puede reconocer?

—Honorables señores pueden desafiar a bandidos de «El dragón de fuego» sin que puedan conocerles.

—Lo celebro. Nos esperan jornadas terribles, y cuanto más les podamos engañar, mejor.

Luego, relató al pequeño chino cómo habían logrado salvarse de la riada y la forma en que habían suplantado las personalidades de los lamas.

Kao le escuchó en silencio, y luego comentó:

—Honorables señores han hecho mal dejando lamas a espaldas. Pueden encontrar bandidos y entonces...

Regis palideció al oír la advertencia, y comentó:

—Sería terrible. Yo quise deshacerme de ellos, pero el profesor no me dejó matarlos fríamente.

—Honorable profesor ser bueno, pero conocer mal enemigos con quien juega. Pueden darle disgusto.

—En fin, muchacho, la cosa ya no tiene remedio. Viajaremos lo más deprisa posible y los iremos dejando detrás.

—¡Oh!, ¿pero pobre Kao qué puede hacer? No tiene traje de lama y...

—Sí, es cierto, pero... ya encontraremos por ahí alguien a quien asaltar y robarle unos vestidos más decentes. Serás el criado del licenciado Yang y nada tendrás que temer. Cuando descubramos

alguna choza, la prenderemos fuego para robar unos vestidos y seguiremos adelante. La suerte nos protege y triunfaremos... Ya lo verás, ahora, duerme tranquilo, y mañana daremos la grata nueva al honorable profesor Karus.

Kao, rendido, se tumbó, y Regis, muerto de sueño, le imitó. Minutos después dormían como lirones.

Capítulo segundo

Un viaje accidentado

CUANDO por la mañana el profesor Karus despertó, y sus ojos se posaron en la frágil figurilla de Kao, que dormía acurrucado en un rincón de la cueva, se pasó la mano por la cara como si pretendiese ahuyentar de su vista alguna visión que le impedía ver claro, pero al convencerse de que no soñaba, se inclinó sobre el muchacho, y pasándole la mano emocionado por la cara, murmuró:

—¡Kao!... Pero ¿de verdad que no es un sueño?

El muchacho despertó bruscamente, y al reconocer al profesor, tomó su mano con cariño diciendo:

—¡Oh, honorable profesor, cuánto me alegra verle otra vez!... Kao es muy feliz junto a honorable señor.

Regis despertó, y tirando de las orejas al muchacho dijo:

—Aquí tiene usted al ladronzuelo que nos robó las viandas... Si no paso la noche en vela para cazarle, no sé si alguna vez nos hubiésemos reunido de nuevo.

—Kao tenía hambre —exclamó el muchacho como justificación a su piratería.

Después de darse mutuas explicaciones, Regis advirtió:

—Creo que debemos emprender la marcha. Ahora las provisiones serán menores, y no sabemos a qué distancia nos

encontramos de Chenlan. Por otra parte, hay que buscar la forma de vestir a Kao. Así no puede entrar con nosotros en poblado alguno.

Desayunaron, y a la hora de partir, Regis obligó al chinito a montar en su burro diciendo:

—Tú estás aún débil y tienes menos resistencia. Monta tú y yo caminaré.

El profesor, por su parte, dispuso que se turnasen en el uso de los burros, y la pequeña caravana partió ligeramente, siempre siguiendo la difusa senda.

Al empezar la tarde, trasmontaban una áspera pendiente entre laureles y moreras, cuando Regis, al tender la vista hacia abajo, descubrió en una hondonada, rodeada de pequeñas colinas, una mísera choza junto a un pequeño arrozal.

Aprovechando el paso de un modesto arroyo, el propietario había construido una especie de balsa, y ésta le servía para mantener el terreno propicio para la siembra.

El criado se propuso hacer una visita a la choza para tratar de adquirir ropas para Kao, y rogando a sus compañeros que se detuvieran dijo:

—Voy a bajar a ver quién es el propietario de esa carroña y a hacerme con algo con qué vestir a Kao. Espérenme aquí y no se den a ver; conviene que no nos pueda delatar si alguien nos sigue la pista.

Se despojó del sayal para que nadie pudiese reconocerle después, y vestido de un modo estafalario, pues sólo conservaba los calzones del anterior disfraz y un trozo de camisa, se deslizó por una de las colinas, camino de la chabola.

Le extrañaba no ver a nadie por los alrededores, pero se alegraba de ello, pues si podía robar los vestidos sin ser descubierto, sería mucho mejor para todos.

Atravesó la parte llana, y con precaución penetró en la choza, cuyo interior estaba vacío.

Poco tenía que registrar. Dividida en dos departamentos por un tabique de adobe, el mueblaje no era no era ninguno, salvo dos esterilla de paja para dormir, pero colgados de un saliente, descubrió con alegría algunas prendas de vestir que, si no eran lujosas precisamente, se encontraban en buen uso.

Por las muestras debían ser dos los que habitaban la choza, pues las ropas diferían en tamaño, cosa que alegró a Regís, toda vez que, parte de ellas, no hubiesen servido para el pequeño Kao por su desmesurado tamaño.

Tomó un «
pu-saiw

» o especie de camisa, la «kao-ha-tz», clásica casaca abierta por el lado derecho para abotonarse cruzada sobre el pecho, un par de «ha-tz», especie de zuecos de fieltro, que calculó le estarían pintados a su diminuto amigo, y, por último, al descubrir un ancho «ku-tz-la» o cinto, con un sólido «bowie-knife» embutido en su funda, creyó completado el atuendo.

Aun captó un amplio sombrero de paja de maíz de forma cónica, con amplias ajas y con todo este atuendo en su poder, abandonó la choza pidiendo a Dios no haber sido descubierto para mejor dejar en el incógnito su fugaz visita.

Creía haberlo conseguido, cuando de entre unos peñascales surgió la figura de un chino robusto y atlético, quien al descubrir las ropas extraídas, quedó como petrificado sin saber qué actitud tomar.

Pero reaccionando bruscamente, se lanzó desesperado en pos del ratero, que aprovechando su confusión, trataba de ganar la colina y escapar.

El chino, muy veloz, pronto le dio alcance a Regís, observando que no había forma de burlarle, se alegró de poderle hacer cara.

Llevaba algún tiempo que no ejercitaba sus puños y entendía que un poco de ejercicio físico para dar elasticidad a sus músculos y saciar al tiempo su rabia contra la gente coletuda, no le vendría mal, por lo que le satisfizo aquel encuentro.

Arrojó a tierra toda la vestimenta para pelear mejor y volviéndose rápidamente contra su perseguidor, gritó:

—¿Cómo, rata de albañal, te atreves a pelear con Pat Regis, campeón de pesos medios de los muelles del Támesis? ¡Pues ahora verás a costa de tu fea nariz el peso de mis puños!

Mientras hablaba, se lanzó sobre el chino tratando de aplastarle la achatada nariz como había prometido, pero el amarillo, flexible a pesar de su humanidad, esquivó el golpe hábilmente y Regis pegó

con fuerza en el vacío estando a punto de caer a tierra.

Rabioso, se rehízo rugiendo:

—¿Conque esa tenemos, sapo del Infierno? ¡Ahora verás!

Más cauto, trató de pelear dentro de alguna de las reglas del boxeo, pero el chino no se lo permitía, saltando como un gato, buscaba la forma de echarle una llave clásica de los orientales para anularle rígidamente.

Regis se desesperaba y estiraba sus puños rozando alguna vez al chino, pero aquello no era decisivo en el singular combate.

Rabioso por haber encontrado por primera vez un amarillo que le tuviera en jaque abandonó toda prudencia y como un tigre rabioso, se lanzó sobre él dispuesto a pelear cuerpo a cuerpo y a apretarle el cuello hasta hacerle una faja con su propia lengua.

Pero el chino, así que le tuvo cerca, le aferró el brazo con sus dedos de acero y Regis lanzó un rugido pavoroso a causa del terrible dolor que la presión le había producido.

Aquellos métodos de lucha le eran desconocidos y pronto adivinó que si no lograba deshacerse de él con rapidez, era capaz de quebrantarle todos los huesos con aquella presión brutal y alucinante.

Doblándose por el dolor, hizo una brusca flexión con la pierna y clavó la rodilla en el estómago de su enemigo.

Éste, cogido de improviso, se vio obligado a soltar su presa para llevarse las manos a la parte dolorida, y Regis aprovechando aquel momento de vacilación del chino, estiró el puño impetuoso, colocándose como era su deseo, en plena nariz.

El chino lanzó un grito agudo y cayó de espaldas sangrando como un cerdo. El golpe había sido tan espléndido, que el bravo criado no dudó que tenía para estarse contemplando el cielo algunas horas.

Despreciándole olímpicamente, volvió a recoger la ropa y dándole la espalda, empezó a escalar la colina para reunirse con sus compañeros, que ocultos para no ser descubiertos habían asistido con emoción a la breve pero terrible pelea.

Más Regis había calculado mal la resistencia física de su antagonista. Éste, pasado el primer momento de horrible dolor, reaccionó furiosamente e incorporándose, llevó la mano al pecho

del que extrajo un agudo cuchillo.

Kao, con sus agudos ojos, descubrió la maniobra y lanzó un grito de alarma, que Regis captó adivinando su sentido.

Como un tigre, se revolvió en el momento en que el chino estiraba el brazo y lanzaba el cuchillo con la habilidad peculiar en los de su raza. El arma recta y mortal salió despedida hacia Regis, el cual la recibió en pleno pecho.

Pero, con gran estupor del chino, el arma, en lugar de clavarse en la carne de su adversario, se partió en dos, saliendo despedida al aire para caer a muchos metros de distancia. Había tropezado con la cota salvadora quebrándose como el cristal.

Regis, rabioso hizo intención de regresar, pero el chino, fuera de sí, tomó varias grandes piedras y empezó a lanzarlas hábilmente contra su enemigo, amenazando con deshacerle la cabeza con alguna de ellas.

Regis sólo tenía tiempo para tratar de esquivar aquella pedrea trágica. No podía entretenerse en buscar con que responder, pues antes de que pudiera encontrar un arma análoga, habría recibido un impacto que le pondría fuera de combate.



El chino lanzó un grito agudo y cayó de espaldas...

Estaba pensando velozmente cómo podría neutralizar la ventaja de su enemigo cuando éste, al levantar el brazo para arrojarle una

nueva piedra, dejó caer ésta a tierra lanzando un feroz aullido y abriendo los brazos se desplomó de espaldas, con la cabeza sangrando horriblemente.

Regis, asombrado, miró a todas partes para inquirir la causa de aquella caída y buscar a su improvisado salvador, pero no vio a nadie. Solamente el pequeño Kao se había asomado al borde de la colina y balanceaba en el aire una pequeña cuerda que tenía en la mano.

Regis, asombrado, ganó prontamente la cima y encarándose con el chinito preguntó:

—¿Qué ha sido eso, Kao? ¿Fuiste tú acaso?

—¡Oh, sí! Kao maneja bien honda de pastores mogoles. Profesor sabe cómo maté varios bandidos con ella.

Regis abrazó al muchacho, diciendo:

¡Oh, tienes que enseñarme a manejar ese juguete! Si tú con tu fuerza has sido capaz de tumbar a esa rata amarilla, yo debo agujerearle si le acierto.

Luego, mostrándole la ropa, dijo:

—Vamos a ver pequeño sapo, cómo te está esto. Si no te pareces a un mandarín en miniatura, me dejo clavar una coleta en el occipucio.

El desastrado Kao se despojó de sus destrozadas vestiduras y se colocó las que Regis había sustraído. Éstas parecían confeccionadas para él y cuando tuvo completo su atuendo, se miró satisfecho.

—¿Estoy bien? —preguntó.

—¡Digo! Pareces el criado del Jefe de los Mil y no sé cuántos Lamas. ¡Estás estupendo!

Luego, entregándole el cinturón con el «bowie-kbife», agregó:

—Y esto para que te defiendas, muchacho.

Kao contempló con alegría el recio y agudo cuchillo y afirmó con la solemnidad en él característica:

—Prometo a honorable señor Regis emplearlo bien si llega ocasión de ello.

—Así lo espero, muchacho. Y ahora, larguémonos antes de que alguien se entere de la faena y pueda perseguirnos.

Montaron en los burros y emprendieron el camino seguidos del valiente chino que muy ufano con sus vestiduras, se sentía con

ánimos de escalar la cima del Everest sin tomar alientos.

Ahora, todo era cuestión de darse prisa y alcanzar cuanto antes el Monasterio para hacer entrega del documento y reanudar en serio su extraordinaria aventura.

Estaba próxima a caer la tarde, cuando unos ladridos lejanos sobresaltaron a los viajeros. El profesor, recordando los terribles sabuesos que le habían dado caza, sintió que sus carnes se estremecían y Kao, temblón, murmuró:

—¡Los «deggs»! ¡Nos buscan otra vez!

Regis trató de elevar la moral de sus compañeros diciendo:

—Ahora no hay que asustarse. Llevamos estas vestiduras respetables y documentación para despistar a nuestros enemigos.

El profesor, reaccionando, añadió:

—Tienes razón. Si nos alcanzan y vienen a interrogarnos dejarme a mí hablar. Tú, Regis, no olvides que eres mudo.

—Gracias por el recordatorio, pero tendré que hacer muchos esfuerzos para tener quieta la lengua.

Media hora más tarde, un perro feroz que intentaba contener con grandes esfuerzos un feo mogol, apareció en el sendero aullando siniestramente y tratando de lanzarse sobre los viajeros. El mogol al distinguir los sayales de Karus y su criado, contuvo el perro y adelantándose hacia ellos, les cortó el paso.

Karus hizo detener la caravana y esperó.

El chino, pasando revista a los tres, se sintió un poco inquieto y acercándose más, preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros y de dónde venís?

—Quienes somos, se ve sin preguntar; de dónde venimos, te lo diré si me demuestras derecho a interrogarnos.

El chino ante la contestación, se sintió furioso y gritó:

—Busco a ciertos individuos y poseo más que derecho para interrogar a cuantos encuentre a mi paso.

—¿Quién te otorgó ese derecho?

—Quien es omnipotente para dármelo.

—Demuéstramelo.

El chino, molesto, replicó amenazador:

—Mi derecho está en los colmillos de este terrible «deggs». Si quieres que te lo demuestre...

Karus tuvo un rasgo de audacia y echándole el borrico encima, gritó:

—«La picadura del dragón es mortal».

El mogol, al oír la contraseña, preguntó rápidamente:

—¿De qué está compuesto su veneno?

—De fuego.

Desarmado ante la contestación, exclamó más humanizado:

—Hermano de secta, perdona si dudé de ti, pero tengo orden de hacerlo. Busco a unos «kacidsus» extranjeros, nuestros más terribles enemigos, por orden de nuestro Gran Jefe, y he de encontrarlos o no regresar a postrarme a sus pies.

—Lo siento, hermano, pero nada te puedo decir de esos diablos que buscas. Venimos desde Liancheute portando un pliego privado para el Gran Sacerdote Mogol de Chenlan y a nadie hemos visto en el camino. Aquí tienes el pliego con los sellos del Monasterio.

El chino echó un vistazo al sobre y humildemente tiró del perro diciendo:

—Que Buda guíe vuestros pasos, hermano de «El dragón de fuego». Podéis continuar vuestro camino que sólo el deber y el afán de servir a la secta me ha obligado a interrumpiros.

—¿Nos falta mucho para llegar a Chenlan?

—Mañana por la noche podéis llegar, si no os entretenéis mucho en el viaje.

—Gracias por tu ayuda. Que Buda proteja también tus pasos y que nuestro Gran Jefe Wang-Cheng, amo y señor de nuestras vidas, se vea satisfecho de tus servicios y sólo tenga alabanzas para tu celo.

El chino se retiró tirando del perro, que gruñía de un modo amenazador ante los viajeros y, poco después, desaparecía por entre las colinas cercanas, acompañado de su terrible sabueso en busca de las huellas de sus perseguidos.

Regis respiró al verle desaparecer y comentó:

—Ha estado usted hecho un perfecto sectario. Creí que iba a tener que liarme a cuchilladas con el perro y con el amo.

—Ya no hay peligro; buscará desorientado por todas partes y cuando quieran sospechar algo, estaremos lejos de su alcance.

El chino no les había engañado. Después de pernoctar por última

vez en la estepa aquella noche, cabalgaron rudamente todo el siguiente día y al anochecer, empezaron a observar señales de encontrarse próximos a un poblado.

Algunas chozas diseminadas en el camino, arrozales y campos de mijo, eran los signos más característicos de vida y ya cuando el sol trasponía lejanamente entraron en los arrabales de la población.

Chenlan era un poblado bastante nutrido, con una arquitectura típica de la nación y los viajeros, después de deliberar antes de hacer su entrada, decidieron buscar alojamiento para aquella noche.

A la mañana siguiente, se informarían del emplazamiento del Monasterio y visitarían al Gran Sacerdote, metiéndose realmente en la boca del lobo.

Capítulo tercero

Dos sentencias de muerte terribles

RESUELTAMENTE penetraron en el poblado. La noche oscura, la poca luz que prestaban los aceitados farolillos que pendían de las puertas de los sucios comercios, la estrechez de las calles y la gran concurrencia que reinaba allí, hizo que sus personas pasasen desapercibidas, cosa que les alegró bastante.

El ir vestidos de aquella guisa no era nada llamativo en un lugar de mucho tránsito. La región del Tíbet es pródiga en monasterios y aunque todavía no habían penetrado en el recinto sagrado, las fiestas del nombramiento del nuevo «Dashi-Lala» atraía no sólo infinidad de monjes negros, sino una gran cantidad de peregrinos que acudían a la exaltación, ávidos de contemplar tan raro y poco frecuente ceremonial.

Kao, que conocía las costumbres del país, descubrió pronto un local destinado a posada y la suerte hizo que encontrasen en ella habitaciones, pues casi todo estaba ocupado con la constante llegada de contingentes de curiosos camino de Lhasa.

Después de una frugal colación, se retiraron a descansar, no sin tomar toda clase de precauciones para no ser sorprendidos, pero

nada anormal sucedió y durmieron blandamente sobre las esterillas de junco, como si se encontrasen en la más mullida cama.

A la mañana siguiente, pidieron informes sobre el emplazamiento del Monasterio y un chino complaciente les llevó a las afueras del poblado para mostrarles el Monasterio emplazado en una altura bastante escabrosa, pues casi todos estos templos, como si se tratase de fortalezas, habían sido contruidos en la cima de las montañas.

Siguiendo un sendero sembrado de polvorienta tierra o de guijarros diseminados, fueron alcanzando la falda del monte hasta internarse por una senda labrada en la peña a fuerza de pisar sobre ella.

A medida que avanzaban, íbanse precisando los contornos del edificio. Éste era de construcción exótica, contruido con peñascales muy sabiamente ensamblados y Karus se dijo, que bien podía resistir un asedio por la fortaleza de sus cimientos y lo recio de sus muros capaces de resistir los más duros y feroces ataques.

Una especie de muralla circular de unos cuatro metros de altura y de un gran espesor, rodeaba todo el recinto. Poseía unas torretas que semejabán almenas y las altas ventanas se abrían de modo poco uniforme en los muros rocosos, por los que a modo de adorno corrían unas cornisas que ayudaban a darle más aspecto militar que religioso.

La muralla poseía frente al final del sendero una recia puerta de bronce pesadísimo y por encima del recinto acotado, se divisaba el ramaje de los laureles que debían pertenecer al jardín del Monasterio.

Regis contemplaba sombríamente el edificio y comentó:

—Me da la sensación de un presidio sin salida posible. Si nos viésemos encerrados ahí, pocas posibilidades de escapar íbamos a tener.

Karus se estremeció al oír el comentario y replicó:

—No seas agorero, Regis. Siempre estás pensando en lo peor.

—Piensa mal y acertarás, dice el refrán, señor. Pensando en lo malo, no le coge a uno tan de sorpresa y está más prevenido.

Por su parte, Kao, como una ardilla, se había separado del grupo y recorría la muralla examinándola con sus ojillos de lince.

—¿Qué miras tú también? —preguntó el profesor—. ¿Es que os habéis empeñado en infundirme miedo y hacerme vacilar?

—Kao, nada miraba. Kao estudiar la muralla. Honorable señor Regis tener razón. Prevenir es evitar.

Karus se encogió de hombros y alcanzando la explanada que se extendía ante la pesada puerta, se aproximó a ésta. Un pequeño gong de metal pendía de uno de los lados sujeto por una cadena.

Karus tomó el mazo y llamó sin vacilar.

Una vibración aguda y triste, trunció el silencio que reinaba en aquellas alturas y poco después, una mirilla se descorrió en una de las hojas de la puerta. A través de un enrejado interior, asomó como un negro fantasma un rostro encapuchado, del que sólo se podían distinguir los ojos brillantes y profundos.

—¿Quién osa turbar la paz de este monasterio? —preguntó una voz que a Regis se le antojó salida del interior de una caverna.

Karus mostró en la mano el alargado sobre con los sellos de lacre verde y replicó:

—Necesito ver al Gran Sacerdote Kung de este monasterio. Traigo algo importante para él de parte de Yi-Yan

, del Monasterio de Liangcheute.

—Esperar —fué la seca contestación.

El encapuchado desapareció de la mirilla y durante algunos minutos, reinó un silencio opresivo en la explanada. Los tres, sin saber por qué, se sentían molestos, pero no se decidían a hablar por temor a que cerca de ellos hubiese oídos ocultos que escuchasen.

Por fin, un ruido de pesados cerrojos al descorrerse, les anunció que la entrada al Monasterio les iba a ser franqueada y una de las pesadas hojas se entreabrió, mostrándose a los ojos de los viajeros la silueta alta y escuálida de un Lama, embutido en un largo sayal negro con un capuchón de vuelo suelto sobre la cara, ocultándosela por completo.

El monje de manos amarillentas y huesudas, extendió el brazo que se perdía en el interior de una amplísima manga y advirtió con voz profunda:

—El Gran Sacerdote Kung os hace el inmerecido honor de recibiros. Pasad.

Regis estuvo a punto de olvidar su papel de mudo para mascullar un comentario sobre aquello del innmerecido honor, pero reaccionando a tiempo, enmudeció.

Atravesaron un paseo enarenado que se abría entre laureles frescos y frondosos y alcanzaron una amplia escalinata tallada en la roca, al tiempo que otro Lama se acercaba a ellos para hacerse cargo de los burros.



Se inclinó ceremoniosamente y el Gran Sacerdote...

Regis se separó con sentimiento de aquel par de pacientes pollinos que tan útiles les habían sido y ascendió por la escalinata, siguiendo a Karus, que avanzaba en primer término.

Al final de la escalinata, otra puerta que se abrió misteriosamente les franqueó el paso al interior del edificio.

Caminaron por una especie de galería oscura a cuyos lados

varias puertas indicaban el acceso a otros departamentos y al final, alcanzaron un patio amplio rodeado por sus cuatro costados de una galería de piedra con columnas labradas que sostenían otro cuerpo de galerías más alto.

Al fondo, la galería quedaba rota por una gran arcada que daba entrada al templo, al que se llegaba ascendiendo una docena de escalones y traspasando una nueva puerta de bronce brillante.

Cuando atravesaban el patio, los aventureros observaron que a través de las galerías se destacaban algunos monjes en actitud expectante. Aunque Regis trató de calcular mentalmente el número de ellos, no lo consiguió.

Traspasada la escalinata, la puerta se abrió como empujada por una mano invisible y en el dintel apareció la figura del Gran Lama Mogol.

Éste vestía el clásico sayal, pero su rostro aparecía descubierto con el faldellín de la capucha elevado hacia atrás.

Se trataba de un mogol de una edad indefinida, pues lo mismo podía ser ya un centenario, que solamente poseer sesenta años. Era alto, flaco, huesudo, de pómulos muy pronunciados, ojos hundidos, pero acerados al mirar y de cutis de un amarillo verdoso. Lucía una especie de perilla de chivo, de un gris plateado y un delgado pero tieso bigote que caía verticalmente de sus labios, alcanzando así la largura de la perilla.

Kung se inclinó ceremoniosamente ante Karus, diciendo con voz aguda y penetrante:

—Sean bienvenidos a este Monasterio los hermanos del Monasterio de Liangcheute. Que Buda proteja muchos años la vida de mi sabio compañero

Yi-Yan

y con la suya la de todos los que le rodean.

Karus se inclinó profundamente haciendo diversas y grotescas reverencias y después de corresponder al saludo con las frases más floridas que supo, añadió:

—Gran Sacerdote, este indigno licenciado, trae para depositar en tus sabias manos un mensaje de

Yi-Yan

. Te lo entrego cumpliendo la misión que me fue confiada y espero

tus sabias órdenes para proceder.

Entregó el sobre y el viejo, después de examinarle intensamente afirmó:

—Veo los sellos intactos del Monasterio y me congratula saber que fieles lamas al servicio de nuestra causa, cumplen dignamente su cometido. Permíteme que me entere del contenido y después te daré las órdenes que sean menester.

Se retiró lejos de Karus y con atención profunda leyó el mensaje. Cuando se hubo enterado de él, se quedó, meditando y luego acercándose a Karus, dijo:

—Mi sabio compañero

Yi-Yan

me elogia vuestras personas en grado sumo. Quisiera estar convencido de que estos elogios puedo ponerlos a prueba. Karus, muy digno, replicó:

—Gran Sacerdote, estos humildes lamas te ofrecen su vida si con ella puedes quedar convencido de ello. Dispón de nosotros como gustes y si es tu voluntad, sométenos al más horrible tormento. Si es por nuestra noble secta, lo sufriremos agradecidos.

Regis hizo una horrible mueca al oír aquella extraña afirmación del profesor, pero el Sacerdote, sin reparar en, él, replicó:

—No necesito torturaros inútilmente, pero necesito de vosotros otras pruebas más valiosas. Este mensaje no es directamente para mí, sino para nuestro Gran Jefe de «El dragón de fuego» y es menester hacerlo llegar a sus manos con fiel seguridad. Su contenido es algo vital para nuestra secta.

—Pues si tu deseo es otorgarnos el inmerecido honor de hacerlo llegar a sus manos, manda y serás obedecido.

—Sí, pero he de advertir que la misión no es fácil. Grandes peligros acechan; enemigos poderosos en muchos sectores, buscan lo que nosotros llevamos esperando encontrar hace mil años. Además, ten presente que no todos los lamas pertenecen a nuestra secta, sino que, por el contrario, son enemigos acérrimos de ella. Somos pocos los que bajo este sayal protector, trabajamos para la causa de nuestra secta y esto es un peligro común que acecha en el aire y en la tierra.

—Lo sé, Gran Sacerdote, pero ese obstáculo nos mueve con más

fe a desafiar los más terribles peligros. Ordena.

—Pues bien, atendiendo la recomendación que

Yi-Yan

hace de vosotros a nuestro Gran Jefe, os voy a confiar el mensaje. Habéis de llevarlo a Lancheu, donde a estas horas el honorable y sabio Wang-Cheng estará esperando impaciente noticias que son vitales para él. Os confiaré con el mensaje unas letras de mi parte y solo he de haceros una advertencia: jamás tal mensaje debe caer en manos de otra persona que no sea nuestro propio Gran Jefe. La vida para defenderle es poco, si al morir alguien pudiera apropiarse de él.

—Nos lo tragaríamos antes de morir —fue la contestación.

—Perfectamente, veo que eres hombre bravo y decidido y confío en ti. Hoy descansareis en el Monasterio y mañana emprenderéis el viaje, más descansados. Llegáis a tiempo para asistir a una de nuestras ceremonias y presenciar algo ejemplar, para que sepáis cómo nuestra secta trata a los que en lugar de beneficiarla solamente la perjudican.

El profesor tembló al oírle. Adivinaba que se iba a aplicar algún castigo macabro a alguien y le temblaban las carnes al presumir que iba a tener que presenciar impasible cosas que repugnaban a sus sentimientos de hombre humanitario.

Se inclinó ceremoniosamente y el Gran Sacerdote, con un gesto, le indicó que le siguiese al interior del templo. Era éste una inmensa rotonda construida con roca y mármol labrado de una manera caprichosa y bárbaramente exótica. Las columnas recias, ciclópeas, de una estructura ajena a todo arte occidental, mostraban tallas monstruosas de divinidades chinas en actitudes alucinantes. Al fondo, sobre un estrado, se erguía un busto de Buda de unos cuatro metros de talla, bastante bien trabajado y pintado en verde y oro.

A los lados, dos preciosas pilas talladas en alabastro llenas de agua, mantenían cada una, un pececillo rojo, que coleaba nervioso en su estrecha cárcel y el sacerdote, al pasar junto a ellos, se inclinó con devoción, siendo imitado por Karus y su amigo.

Regis, a hurtadillas, examinaba el recinto del templo alto y disforme, con unos amplios ventanales circulares cerrados con vidrieras de intensos colores, por las que penetraba una luz

mortecina bañada en toda la gama del arco iris.

Sus ojos inquisitoriales escudriñaban el más pequeño rincón. Algo le decía interiormente que no debía fiarse ni de su sombra y aquel estudio, en caso de peligro, podía servir para conocer la configuración del encierro y aprovechar la más leve coyuntura que sirviese para salvarles.

Después de visitar el templo, el Gran Sacerdote les sacó de él a través de las arcadas que circundaban el patio.

Una puerta al lado derecho, desembocó en una estrecha galería a cuyo promedio, una escalera conducía a la galería alta.

Ésta presentaba infinidad de puertas que debían ser las correspondientes a las celdas de los monjes, los cuales paseaban, al parecer, indiferentes, leyendo libros de exótica encuadernación, o cambiando impresiones en grupos de dos o tres a lo sumo.

El Gran Sacerdote les condujo a su celda, una pieza grande, fría, con una gran biblioteca y una mesa, donde aparecían algunos instrumentos raros de ensayo. En la parte alta, una gran claraboya también recubierta con cristales policromados, inundaba de luz difusa la estancia.

Kung llamó a uno de los monjes y le ordenó preparar celdas para los viajeros. Cuando el demandadero regresó para dar cuenta de que estaba cumplida la orden, el propio Gran Sacerdote les acompañó a sus departamentos.

Regís no se sintió muy satisfecho al observar que, siguiendo las reglas monásticas, les habían preparado celdas individuales. Esto le contrariaba, pues en caso de peligro, la ayuda mutua que podían prestarse, sería más problemática.

Pero como no cabía protestar, se resignaron, aunque consolándose al comprobar que las tres estaban correlativas.

A la hora de la colación, un monje acudió con una escudilla portando el condumio. Éste, frugal y leve, estaba compuesto de arroz con legumbres y Regis no se sintió muy satisfecho con tan liviano alimento.

Poco después, sintió cánticos graves y profundos que le hacían un efecto desastroso en los nervios. Le parecían una misa de difuntos y entonada en un lenguaje bárbaro y alucinante.

Por fin, cuando las sombras empezaban a invadir el templo, los

dos viajeros fueron llamados por el Gran Sacerdote. Kao, en su calidad de no iniciado, no formó parte del grupo, aunque se le dejó en libertad de pasear por las galerías, cosa que aprovechó el muchacho para investigar más de lo que, haberle sorprendido, le hubiesen autorizado.

Karus y su criado quedaron nerviosamente impresionados al abandonar las celdas y contemplar un cuadro que debía ser muy familiar en los monasterios, pero que para ellos era completamente inédito.

Los monjes, en doble fila, daban vueltas a la galería alta entonando unos cantos extraños. Todos portaban unos hachones resinosos que arrojaban una luz extraña, mezclada de rojo, amarillo y azul, mientras un humo denso de un olor mareante se elevaba al techo formando como una cortina sobre él.

Después de dar la vuelta, descendieron por la estrecha escalera a la galería baja, a la que dieron también una vuelta y luego, saliendo al patio, penetraron en el templo, en el que se habían colocado previamente hachones en lugares estratégicos para dar más aparato y fantasía al cuadro.

Los monjes, en número que excedería de ciento, se colocaron en dos filas a los lados del templo y el Gran Sacerdote, precediendo a sus huéspedes, les condujo al fondo, indicándoles dos taburetes que al parecer estaban destinados a ellos.

En el centro, delante del altar, se había colocado una especie de estrado cubierto con una cortina negra, en la que resplandecían en blanco varias horribles calaveras y detrás del estrado se levantaba una pequeña plataforma con tres sillones, cubiertos con paños también negros.

Kung tomó asiento en el central e hizo una seña. Los dos monjes que figuraban en la cabeza de cada fila, se destacaron y después de hacer una reverencia a Kung, tomaron asiento a ambos lados de él.

El Gran Sacerdote tomó un pequeño mazo golpeando en el gong que tenía sobre la mesa. El tañido lúgubre, estremeció a los dos aventureros, pues no presagiaba nada agradable.

La voz profunda de Kung, ordenó:

—¡Que traigan a los dos acusados!

Una puertecilla a un lado del templo, se abrió misteriosamente,

proyectando sobre las losas el haz luminoso que se escapaba por el abierto recuadro y, poco después, cuatro robustos monjes aparecieron arrastrando dos bultos medrosos que depositaron ante el estrado.

Karus y Regis les examinaron intensamente. Uno era un monje, pues vestía el sayal, aunque aparecía con la cabeza descubierta. Llevaba los brazos reciamente atados a la espalda y en sus ojos se leía todo el terror que dominaba su cuerpo.

El otro era un chino alto y escuálido, de rostro repulsivo; vestía un modesto calzón amarillo de lana, una casaca roja de la misma tela y calzaba las clásicas sandalias de fieltro negro.

Ambos temblaban como azogados y Kung, apenas les tuvo en su presencia, rugió encarándose con el monje:

—Vas a comparecer ante la justicia de Buda Todopoderoso, el cual sabrá medir tu culpa y dictar tu castigo. Se te acusa de haberte introducido en este monasterio suplantando la persona de uno de los monjes para robar secretos que no te pertenecen y cedérselos a la secta de «El loto azul» por conducto de este otro, tu cómplice en el exterior. ¿Tienes algo que alegar en contra?

—¡No es cierto!... ¡Nadie puede probarme la acusación!

Kung se irguió, ordenando a los dos monjes que tenía más cerca:

—Remangad la manga de ese espía y mostrad su brazo a los jueces. Que ellos decidan sobre el caso y enditan veredicto.

A viva fuerza y contra la oposición del acusado, le remangaron la amplia manga del sayal, hasta poner su brazo al desnudo. A la luz de las antorchas, pudo distinguirse tatuado en el un loto azul.

—¿Negarás que esa es la marca de tu secta? Nada hay que te ayude a salvarte y sufrirás el castigo que tu osadía merece.

Luego, encarándose con el chino, gritó:

—Y tú, perro asqueroso, hijo de tiburón, estabas en combinación con este traidor desde el exterior, para recibir el producto del robo y hacerlo llegar a manos de tus compañeros de secta. Te han sorprendido con un documento cifrado en tu poder y es inútil que niegues.

El chino se revolvió, asegurando que él ignoraba que aquello fuese robado. Le habían contratado para recoger unos papeles y entregarlos en Lauchu y nada sabía de la secta de «El loto azul».

Rechazados sus argumentos, el tribunal deliberó durante unos minutos. Luego, Kung, levantándose, ordenó al monje:

—¡Ponte en pie!

El desgraciado obedeció y el Gran Sacerdote se quedó mirándole fijamente, con una mirada que brillaba como un haz de plata fundida.

El monje trató de evadir sus ojos de los de su juez, pero luchó en vano. Luego, se dejó mirar ampliamente y por fin, vencido por una fuerza misteriosa, empezó a doblarse hasta el suelo, convirtiéndose en casi un círculo cerrado. Cuando su cabeza se inclinó hasta los pies formando un aro con el cuerpo, Kung ordeno.

—¡Tomar a ese traidor y seguirme!

Abandonó el estrado junto con los dos monjes y rompiendo marcha, gritó:

—¡Adelante!

El monje, sin abandonar aquella terrible postura, echó a andar trabajosamente, arrastrando la cabeza casi al compás de los pies y guiado por una orden telepática que le indicaba el camino, atravesó el templo y subió trabajosamente por una pequeña escalinata que a la derecha conducía ante una puerta.

Ésta se abrió y el condenado, seguido de Kung, sus jueces, Karus, Regis y los monjes, entre los que iban los portadores del otro condenado, ascendieron por una estrecha escalera de caracol tallada en la roca viva, que se abría hacia lo alto tétrica e inacabable.

Karus, que caminaba al lado de su criado, murmuró:

—¿Dónde irá a morir esta escalera del demonio?

—Seguramente en los altos del monasterio —advirtió Regis.

—Es ahí donde deben tener las cámaras de los tormentos.

—Presiento que vamos a presenciar algo espantoso —afirmó el profesor—. La acusación es trágica y lo que Kung ha hecho con ese desgraciado hipnotizándole de tal manera, es un prelude del terrible final que le aguarda.

Por fin, alcanzaron el límite de la ascensión. Un frío glacial que llegaba hasta ellos agitando las siniestras llamas de los hachones, les anunció que estaban llegando a sitio descubierto.

Una gran explanada en la roca viva, les acogió. Por la configuración de esta, Karus sospechó que el monasterio, por su

parte trasera, se apoyaba en la pared de la montaña y que aquella terraza se había construido en la cúspide de la misma.

Los monjes se abrieron en fila y Kung avanzó hacia el borde, señalándole con la mano.

—Ahí abajo yacen los despojos de aquellos a quienes la codicia les tentó a hacer traición de nuestras leyes. Uno más no bastará para llenar la fosa, pero faltará menos. Traidor a nuestra causa: te ordeno que ruedes hasta el borde y te dejes caer al infierno de Buda, donde te esperan con ansia.

El infeliz monje, como si a pesar de su estado hipnótico adivinase el final trágico que le aguardaba, se resistió a cumplir la orden, pero la mirada fulgurante del Gran Sacerdote, le asataba de tal forma, que por fin, venciendo su resistencia, se dejó caer al suelo y tomando impulso como una pelota humana, rodó por la lisa roca en dirección al precipicio.

Karus y Regis le veían avanzar hacia la muerte con el rostro contraído y las manos agarrotadas por el terror. Nada ni nadie podía intervenir en favor de aquel desgraciado que corría al suicidio de una forma al parecer voluntaria, pero que en realidad era asesina de un modo nuevo y espeluznante.

Por fin perdió base y se precipitó en el vacío. Un grito ronco de angustia quedó vibrando en el aire y otro grito de terror respondió al suyo. Era del infeliz chino, que al presenciar la muerte de su cómplice, adivinaba el final que también a él le tenían preparado.

Kung, sin estremecer un rasgo de su rostro hermético, se acercó al aterrado chino diciendo:

—¿Te ha gustado el final? Pues bien, ahora serás actor de otro distinto. No tiembles, que no te obligare a lanzarte por el parapeto. A ti te reservo algo más dulce.

Dio la vuelta la explanada y se di

rigió a su derecha, donde un pequeño muro con una puerta de bronce cerrada cortaba el abismo.

El Gran Sacerdote extrajo de su sayal un gran llavero y buscando una llave de regulares dimensiones, la aplicó a la cerradura de la puerta, abriéndola.

Los monjes quedaron en fila, alumbrando con sus fantásticos hachones, mientras Kung hacía señas a Karus y a Regis para que le

siguieran.

Ascendieron una docena de escalones, hasta alcanzar una estrecha plataforma que corría alrededor de una especie de pozo cuadrado. Éste, tendría unos seis metros de ancho por cinco de largo, y la plataforma únicamente la capacidad precisa para que una persona pudiese andar holgadamente por ella.

Una especie de barandilla de recia tela metálica separaba la plataforma del pozo. Era como una muralla protectora para que nadie pudiese caer a él.

Dos monjes alumbraban la escena con sus hachones, y a su brillante luz los dos aventureros descubrieron unos aparatos muy raros que, pendientes de unas recias cañas de bambú, se balanceaban en el vacío.

Kung sonrió siniestramente al observar la extrañeza de sus visitantes, y dijo:

—Esto es un invento de uno de nuestros monjes, a quienes nuestros enemigos cortaron la lengua y dejaron manco en fuerza de martirio. Los sufrió muy refinados, pero, en pago, se le ocurrió éste, que en nada tiene que envidiar a los de nuestros enemigos. Su uso es sencillo, pero sus consecuencias enloquecedoras.

A una seña del Gran Sacerdote, un monje tomó una gran caña que se bailaba recostada en la pared y la alargó hacia uno de los soportes de aquellos extraños aparatos. Éste, atraído por la presión, giró en el vacío y viró hacia la plataforma, donde quedó pendiente a medio metro de altura.

Entonces Karus pudo apreciar que se trataba de una regular jaula de resistente bambú, cuya puerta se cerraba por medio de un enorme y sólido candado.

De una recia viga, que se erguía recta hacia lo alto, sobresalía en dirección horizontal la gran caña de bambú de unos dos metros de longitud, a cuyo remate se encontraba colgado el jaulón. La viga, sujeta por unas abrazaderas de hierro, daba vueltas dentro de ellas, y por esta causa el jaulón podía ser atraído hacia la plataforma y devuelto de nuevo a su posición, pendiente sobre el pozo.

Kung se apresuró a explicar el funcionamiento de aquel extraño suplicio.

—Su uso es muy sencillo-dijo. —Se introduce aquí al condenado,

que apenas si tiene espacio para permanecer en él medio doblado, y se cierra la puerta con el candado para que no pueda salir de ella. Luego, se empuja la caña, que, al girar, vuelve a su posición, quedando pendiente en el vacío.

«Pero antes, a lo largo de la caña, sobre todo en su parte más cercana a la jaula, se colocan sendos pedazos de carne envueltos en una red metálica y bien asidos a la caña. Ésta está calculada para el peso de un hombre, con objeto de que resista sin quebrarse normalmente, a menos que una acción violenta pese sobre el bambú y por el exceso se quiebre.

“Durante el día rondan por aquí una enorme cantidad de aves de rapiña de una glotonería aterradora. Su comida es poca y su hambre feroz. Nosotros les entretenemos todos los días dándoles una parte muy exigua de alimento para que tomen cariño al lugar y no se alejen de él, pero esto es tan poco, que, cuando se les presenta la ocasión de encontrar algo que sacie su hambre, son terribles disputándose la presa.

«Cuando por un accidente de esta naturaleza surge ante ellos un jaulón ocupado, y en las cañas aparece carne fresca, acuden como lobos a ella, pero la red metálica que la envuelve les impide llevársela de golpe y tiene que picotear a través del enrejado y se pelean ferozmente por disputarse el alimento.

«Esto atrae docenas y docenas de enormes pajarracos, que se posan sobre la caña, la agitan, la aumentan de peso y la sacuden brutalmente, cuando no, la agujerean a picotazos al pretender comer la carne.

«Así, llega un momento que la caña no puede resistir el peso o los trágicos vaivenes y se quiebra. Entonces, el jaulón cae...

—¿Al abismo? —preguntó angustiado Karus.

—No, hay algo más divertido ahí abajo. Ahora veréis.

En la pared de la empalicada se alineaban hasta una docena de jaulas pequeñas, conteniendo cada una un cuervo. Kung abrió una de ellas, extrajo el ave, y con un fino cuchillo la cortó el cuello de un solo tajo.

Luego se arrimó á un pequeño gong que pendía de una cadena y golpeó sobre él con furia. Al instante, como un eco, del fondo del pozo se elevó una serie de aullidos impresionantes que obligaron a

Karus a retirarse del enrejado de alambre.

—¿«Deggs»? —preguntó, tratando de dar firmeza a su voz.

—Justamente. Estaban dormidos, por eso les he tenido que despertar. Hay media docena de los más feroces y el hambre que poseen es terrible. Cuando hay algún condenado y la jaula cae al pozo, es para ellos un día feliz, porque el festín calma un tanto su apetito. Destrozan la jaula con el condenado y le devoran. A veces, las aves de rapiña, no satisfecha su hambre, les disputan la presa y se entabla entre ellos una lucha feroz. Alguna ave cae también en el banquete, cuando no, es algún perro, pero eso no nos preocupa. Hay muchos de repuesto y es fácil substituirles.

El siniestro concierto de aullidos de los «deggs», y las no menos siniestras explicaciones del mogol, que eran escuchadas por el infeliz condenado, enloquecieron a éste, y, a pesar de su apariencia débil, forcejeó contra sus carceleros, obligándoles a emplear todas sus fuerzas para reducirle a la impotencia.

Fueron precisos cuatro lamas musculosos para atenzar al infeliz y poderle introducir en la jaula. A pesar de sus ligaduras, se revolvía como un reptil, tratando de evadirse por todos sus medios, y sus rugidos inhumanos eran algo que aterraban a Karus y a Regis.

Éste, lívido, hacía esfuerzos supremos para morderse la lengua y no hablar, pero un rojo velo nublaba sus ojos, y sentía deseos ardientes de sacar el cuchillo y clavárselo a Kung hasta destrozarle despiadadamente.

Por fin la jaula pudo ser cerrada. Los monjes hicieron girar la viga y el siniestro aparato de tortura quedó pendiente en el vacío.

El chino, acurrucado en su estrecha cárcel, ahora apenas si se movía; sabía que cualquier violencia podía quebrar la caña, y el instinto de conservación era superior en él a la angustia.

Cuando ya nada quedaba por hacer, Kung preguntó:

—¿Queréis esperar aquí hasta que amanezca para presenciar el espectáculo, o preferís retiraros a descansar?

Karus se apresuró a decir:

—Preferimos descansar. Hemos hecho unas jornadas agotadoras y nos esperan otras ásperas y duras. Con tu permiso...

—Vamos. Quizá mañana, cuando llegue la hora de que partáis, esto se habrá concluido.

Abandonaron la plataforma, y el recinto fue cerrado por el propio Kung, quien se guardó de nuevo el manojó de llaves. Sospicaz, sólo confiaba en él mismo, y no abandonaba el llavero en manos de nadie.

Descendieron al templo, y luego a las galerías, alcanzando las celdas. Cuando llegaron a ellas, Kao, medio dormido, yacía pegado a la puerta de la suya.

Kung sacudió con el pie al muchacho para despertarle y los tres pasaron a ocupar sus respectivos departamentos.

Nunca como aquella noche lamentaron verse separados. Era tal el dolor y la indignación que sentían, que para ellos hubiese sido un alivio cambiar impresiones y maldecir en conjunto la refinada crueldad de aquel terrible mogol, más sanguinario que las propias aves de rapiña que alimentaba para su venganza.

Aquella noche ninguno pudo conciliar el sueño. En la obscuridad de su celda se los aparecían los condenados en la angustia de su tormento, y un sudor frío inundaba sus cuerpos cada vez que lo recordaban.

Y si algunos momentos, vencidos por el sueño se dejaban acariciar por él, la visión era más dantesca, pues su espíritu, influenciado por el recuerdo, les convertía en víctimas del terrible monje, y se veían metidos en aquellas trágicas jaulas devorados por los «deggs».

Capítulo cuarto

En las garras del monstruo

A la mañana siguiente, molidos y dominados por la laxitud de una noche agitada, se levantaron deseosos de abandonar aquel antro, donde no se sentían seguros. Había algo que dominaba sus espíritus y les advertía que un terrible peligro se cernía sobre ellos.

Si trágico era pelear contra la terrible secta a campo abierto, mucho más trágico sería verse obligados a combatir en aquella pétrea cárcel de muros inexpugnables, donde docenas de enemigos poderosos, con terribles medios de venganza, les reducirían a la impotencia rápidamente por mucha bravura y heroísmo que derrochasen si tuviesen que pelear con ellos.

Un monje les sirvió un desayuno insípido y frugal y les advirtió que, poco más tarde, el Gran Sacerdote les visitaría para darle sus últimas instrucciones sobre el viaje.

Por un momento, los tres salieron a la galería a respirar el aire fresco de la mañana, pero era tal la opresión que les embargaba, que ninguno se sintió con ganas de cambiar impresiones.

Karus aparecía preocupado en extremo, Regis mostraba en el fulgor de sus ojos la rabia que le dominaba, y el pequeño Kao, pálido y mustio, miraba distraído al cielo que se recuadraba sobre el patio, siguiendo ansioso el vuelo de un cóndor que, libre y

gozoso, trenzaba caprichosos giros en el aire.

Por fin, un monje les avisó que el Gran Sacerdote les esperaba en su celda, y los tres se apresuraron a presentarse ante el terrible mogol.

Éste, sonriendo siniestramente, preguntó:

—¿Qué tal habéis pasado la noche?

Karus, fingiendo indiferencia, replicó:

—Bien, estas cosas no son capaces de turbar nuestro sueño, cuando sabemos que son en beneficio de nuestra causa.

—Dices bien... De todas formas esto se acabó. Esta mañana he ido a la terraza y... sólo quedan unas cuantas cañas de bambú en el fondo del pozo como recuerdo de lo que sucedió anoche.

Karus se estremeció pensando en la terrible muerte que habría tenido el infeliz chino, pero nada dijo.

Kung mostró el sobre que tenía sobre su mesa y dijo:

—Aquí tenéis el mensaje que habéis de entregar en Lancheu a nuestro Todopoderoso Gran Jefe. Dentro van unas letras mías dándole cuenta de lo de anoche, para que esté prevenido contra los traidores. He sellado nuevamente el sobre con mis señas particulares, que deberán llegar intactas a sus manos.

—Llegarán, puedes estar seguro.

—Confío en vosotros y os recomiendo de nuevo que, antes de que caiga en manos de nuestros enemigos, debe desaparecer para siempre.

—Así será, descuida.

Un agudo vibrar cortó por un momento la conversación.

Karus reconoció en el sonido, agrio y penetrante que llegaba hasta allí a pesar de la distancia, el zumbido del gong de la entrada del Monasterio. Kung arrugó el entrecejo al oír la llamada, pero nada dijo. Luego continuó:

—¿Cómo pensáis hacer el viaje?

Karus contestó tras una breve duda:

—Prefiero hacerlo como hasta aquí. El río puede ser más rápido, pero está más vigilado y lleno de enemigos. Con nuestras cabalgaduras, que son resistentes, podemos evitar cualquier contacto sospechoso, e incluso confundirnos con los cientos de peregrinos que viajarán hacia Lhasa para asistir a las fiestas.

—Creo que tenéis razón. El viaje será un poco más largo y pesado, pero más seguro. Tardaréis cuando menos ocho días aprovechando bien las jornadas.

Un ruido de voces que se acercaba hizo fruncir el entrecejo a Kung. No era costumbre que en el interior del Monasterio se elevasen más voces que las de los cánticos rituales, y el Gran Sacerdote se mostró sorprendido y rabioso por aquello.

Con ira golpeó sobre un pequeño
tan-tan

que tenía sobre la mesa, y momentos después un monje se presentó en la celda.

Kung iba a hablar preguntando qué sucedía, pero el monje le hizo una seña especial que detuvo al mogol. Éste, después de un momento de vacilación, dijo:

—Bien, ahora mismo voy.

Se levantó de su asiento, y señalando a Karus, dijo:

—Esperad un momento. Tengo que despachar un asunto urgente.

Nervioso, abandonó la celda cerrando la puerta tras él, y Karus, sobresaltado, dijo:

—¿Qué sucederá? Me da mala espina tanto misterio.

Regis, contagiado de su inquietud, afirmó:

—Y a mí... Estaría bueno que a última hora, cuando estamos a punto de abandonar esta ratonera para siempre, surgiese algo imprevisto que nos estropease todo.

—No me lo digas, que se me pone la carne de gallina después de contemplar lo de anoche. ¡Nuestra suerte sería terrible!

La puerta se abrió nuevamente, y Kung hizo su aparición.

Karus le miró ansiosamente a los ojos para tratar de adivinar su estado de ánimo, pero las frías pupilas del Lama nada le dijeron.

Éste, después de contemplarles como distraído, dijo:

—Ha sucedido algo raro que me pone en guardia. Parece que han detenido a unos individuos sospechosos que rondaban cerca del Monasterio. No son conocidos y quisiera que me dijeseis si los habéis visto en el camino.

Karus, asustado, se apresuró a decir:

—Desde ahora, puedo afirmarte que no. Hemos huido de todo

contacto y con nadie tropezamos desde que salimos de Liangcheute.

Kung, sin hacer caso de la afirmación abrió la puerta ordenando:
—¡Pasar!...

En la celda penetraron dos individuos astrosamente vestidos, a los que Karus y Regis reconocieron al momento por el ropaje. Eran los dos monjes cuya personalidad habían suplantado, quitándoles sus vestiduras para cambiárselas por las que ellos llevaban.

Los dos monjes, apenas vieron a sus atacantes, hicieron ademán de lanzarse sobre ellos, gritando:

—¡Éstos son los miserables que nos apresaron!

Karus y Regis, dándose cuenta del peligro que corrían, y animados del más salvaje furor saltaron como tigres sobre el grupo que les cerraba el paso, tratando de huir de aquel estrecho recinto donde la pelea sería muy desigual para ellos.

Kung, cogido por sorpresa, salió lanzado contra la mesa como un pelele, y uno de los monjes recibió un terrible impacto en la boca que le proyectó contra la pared de forma trágica, mientras el tercero, pisoteado por Regis en su salto fantástico, caía al suelo lanzando aullidos de dolor.

Como flechas se dirigieron hacia la puerta de la celda donde dos robustos monjes pretendieron cerrarles el paso, pero el puño sólido y terrible de Regis eliminó a uno, mientras el profesor atacaba al otro con la cabeza, clavándosela en el pecho.

Despejado el camino, salieron a la galería. No sabían dónde podrían esconderse ni por dónde podrían encontrar una problemática salida, pero preferían el espacio libre pm donde poder moverse y pelear con soltura.

Los gritos lanzados por los atacados y el vibrar de gong de alarma, pliso en pie de guerra al centenar de monjes que habitaban el Monasterio. Éstos, acudiendo como moscas a la galería, trataban de cerrarles el paso para acorralarles en algún rincón de ella.

Karus y Regis, galopando como locos, trataron de alcanzar la escalera que conducía a la parte baja, pero más de dos docenas de monjes les interceptaron el paso, dispuestos a no permitirles su plan.

Regis, al darse cuenta de la imposibilidad de forzar aquella parte, echó un vistazo al patio a través de las arcadas de la galería y

dijo:

—¡Pronto! ¡Tírese al patio conmigo, no hay otra forma de salir de esta trampa!

La altura era de unos tres metros y el salto muy peligroso, pero todo resultaba preferible a caer en manos de aquellos monstruos.

Regis, dando el ejemplo, saltó la balastrada dejándose colgar de ella para acortar la distancia de la caída y se soltó, encogiendo las piernas para hacer flexión en la caída. Karus le imitó, y ambos saltaron audazmente llegando al patio sin quebranto alguno.

El criado, como una flecha, buscó la puerta que conducía al exterior. Si tenían la suerte de encontrarla abierta, o era fácil de abrir, quizá fuera hallasen algún medio de alcanzar la explanada.

Pero, cuando llegaron a la codiciada salida, una horrible maldición brotó de los labios del criado. La puerta, cerrada con llave, hubiese resistido la más recia palanqueta.



Kung, cogido por sorpresa, salió lanzado contra la mesa...

Acorralados trataron de volver sobre sus pasos en busca de otra salida o refugio, pero ya era tarde. Medio centenar de monjes avanzaban a todo correr hacia ellos, aullando como lobos, y todo escape era imposible de aquel antro infernal.

Regis quiso forzar una salida y se lanzó como un toro ciego

contra ellos, tratando de hendir aquella masa humana ayudado por Karus, pero le fue imposible. La muralla que se había formado era demasiado compacta y sus esfuerzos se estrellaron contra ella.

Una lucha bárbara y despiadada se entabló entre los dos aventureros y los monjes. La desesperación les prestaba fuerzas para pelear trágicamente y sus puños y sus pies se revolvían furiosamente, repeliendo cuerpos, machacando rostros, quebrantando huesos, mientras una lluvia de golpes feroces caía sobre ellos, agotando sus fuerzas por momentos:

Por fin lograron tirarles al suelo, donde cayeron sobre ellos en confuso montón. Durante unos minutos aquello pareció un pandemónium de cuerpos agitados por lúbricas furias, hasta que, poco a poco, la marea fue cediendo hasta cesar.

Karus y Regis, vencidos, materialmente agotados por los esfuerzos y los golpes, tuvieron que declararse impotentes y dejarse apresar sin fuerzas para mover un dedo.

Pronto varios cordones de los hábitos sirvieron para amarrarles diestramente, convirtiéndoles en dos fardos, incapaces de realizar movimiento alguno, y cuando estuvieron bien seguros, los monjes se apresuraron a recontar sus bajas.

Más de dos docenas aparecían con huellas sangrientas de la terrible lucha. Algunos habían perdido el sentido en fuerza de encajar puñetazos, y otros aparecían medio desnudos por el fragor de la lucha y con los rostros tumefactos a causa de los golpes recibidos.

Kung, que había sufrido una leve herida al caer sobre la mesa, acudió al lugar de la refriega, y al descubrir a los dos aventureros en el suelo reciamente amarrados, rió sarcásticamente, diciendo:

—Os habéis burlado trágicamente de un hombre como yo, pero os juro que vais a pagar cara vuestra osadía. He estado a punto de caer en desgracia con nuestro Gran Jefe, exponiéndome a sufrir un castigo terrible, y eso he de cobrármelo en vosotros de una manera cruel.

De repente, giró los ojos alrededor y preguntó alarmado:

—¿Dónde está el otro?

—¿Quién? —preguntó un monje.

—El muchacho que les acompañaba y que decían que era su

criado.

Todos volvieron la vista buscando a Kao, del que no se habían preocupado poco ni mucho, pero el chinito no se mostraba a la vista

—¡Qué lo busquen inmediatamente y lo encierren con estos dos traidores! A la noche decidiremos el castigo que han de sufrir.

Mientras cuatro monjes se hacían cargo de los maltrechos cuerpos de Karus y su criado y los transportaban a una horrible mazmorra en los bajos del Monasterio, el resto de los monjes se dedicó a buscar febrilmente a Kao, pero la tierra parecía haberse tragado al pequeño chinito, porque, al término de tres horas y después de haber registrado el Monasterio de arriba abajo, no pudo ser localizado.

Cuando dieron cuenta a Kung de lo infructuoso de sus pesquisas, el Gran Sacerdote montó en cólera y amenazó a todos los monjes con castigarles severamente si no encontraban al muchacho, pero llegó la hora del crepúsculo y aquél seguía sin dar señales de vida.

Nadie se explicaba su misteriosa desaparición, y por un momento se supuso que, aprovechando cualquier descuido, había logrado traspasar la puerta, quizá saltando por alguna ventana, alcanzando el exterior.

Esto tenía preocupado a Kung, pues; la fuga del chino podía causarles sorpresas enojosas, pero tuvo que resignarse de momento a no saber con certeza qué había sido de él.

Al llegar la noche, los monjes volvieron a congregarse, de nuevo en el templo, entonando sus cantos litúrgicos y celebrando sus ritos misteriosos, y de nuevo el estrado siniestro con las colgaduras de las simbólicas calaveras volvió a alzarse delante de la efigie del hermético Buda, para volver a aplicar la justicia bárbara de la secta.

Karus y Regis, que habían pasado las horas del día presa de la más terrible angustia, sin poder intentar nada para librarse de aquellas horribles ligaduras que les laceraban las carnes, fueron sacados de la húmeda y fría mazmorra en las que les sepultaran, y conducidos al templo, donde, si la noche anterior habían asistido como testigos, ahora iban a jugar el trágico papel de reos.

Depositados en las duras losas de mármol del suelo, y atentamente vigilados por media docena de feroces monjes, Kung, con voz incisiva y metálica hizo la acusación:

—¡Perros extranjeros, asquerosos diablos blancos que habéis profanado nuestros templos, os habéis introducido en nuestra secta y habéis causado la ruina y el dolor en su seno, la justicia de Buda, que es omnipotente, y el castigo de la secta de «El dragón de fuego», que es terrible, va a caer sobre vosotros fiera e implacable como merece vuestra osadía y vuestra codicia!

«Yo, el Gran Sacerdote mogul Kung, jefe supremo de este Monasterio y uno de los «diez» de nuestra amada secta, os condeno, sin más apelación, a morir enjaulados.

«Que vuestra maldita carne sea devorada por los siniestros pajarracos de la montaña; que vuestros huesos malditos sirvan de pasto a los feroces «deggs» del pozo sagrado, y que vuestras cenizas vaguen por el espacio por los siglos de los siglos, sin que jamás puedan reunirse para aspirar a entrar en el Paraíso de Buda, después de haberse purificado y purgado el delito de traición de que os acuso.

El mogul, lívido de ira, se irguió, y pretendió clavar su hipnótica mirada en el profesor, pero Regis, que, a pesar del pánico que le estaban causando sus palabras, no le perdía de vista, gritó en inglés a través de la mordaza:

—¡No! ¡Cierre los ojos y no se deje hipnotizar por esta rata verdosa!... ¡Todo antes que perder la última esperanza!

Karus, que, ya indiferente a todo, lo mismo le daba una cosa que otra, y que sólo estaba deseando terminar para gozar del eterno descanso, estuvo a punto de no hacer caso del aviso, pero algo íntimo le advirtió que debía luchar hasta el último momento contra la muerte y contra aquellos bárbaros y crueles fanáticos, y cerrando los ojos con rabia se negó a mirar a su verdugo.

Éste reconcentró todos sus esfuerzos de sugestión para vencer la energía de su víctima, pero inútilmente, y rabioso desistió, gritando:

—¿Te resistes a obedecer los mandatos de mi mente? Bien, tanto da que sea así o no. Ello no te ha de librátele morir de la forma más horrorosa que hubieses soñado en tu vida.

Se dirigió a los monjes imperiosamente, ordenando:

—Tomadlos y conducirlos a la terraza de las jaulas. Los pájaros sagrados de la montaña están reclamando carne para subsistir.

Los levantaron como a dos fardos y les condujeron a través de la

estrecha escalera de caracol que partía del templo hasta alcanzar la explanada.

La noche, nublada, bañaba en una luz tétrica y sombría aquel siniestro lugar, y un aire glacial que se metía en los huesos batía las alturas.

Los hachones, azotados por el aire, vacilaban resistiéndose a alumbrar, y cientos de chispas resinosas se desprendían de ellos, volando hacia las nubes.

Regis, que había alimentado hasta el último momento una leve esperanza de salvación, se sintió abandonado de repente a la indiferencia. La ausencia del pequeño Kao le había hecho concebir locas ilusiones sobre una posible intervención del chinito en su favor, pero ahora, ante las jaulas y con el horrible pozo a sus pies, toda esperanza era vana.

Aunque el muchacho anduviese suelto por el Monasterio, de no haber intervenido ya en su favor era porque le había resultado prácticamente imposible, y Regis, como no era egoísta, no solo se resignó a su suerte, sino que se alegró de que pequeño muchacho hubiese podido escapar a aquel castigo y pidió a Dios que le ayudase a salir de aquella trágica trampa en la que ellos le habían metido imprudentemente.

A una seña del Lama, uno de los sacerdotes tomó la pértiga y atrajo hacia la plataforma dos de las jaulas. Luego, entre cuatro, les tomaron en vilo, tratando de introducirles en aquella estrecha cárcel de bambú, que apenas si poseía dimensiones para acoplarles en su interior convertidos en un paquete.

Regis, en un último acceso de rebeldía, trató de resistirse a penetrar en el suplicio, y, a pesar de sus ligaduras, se revolvió con energías supremas. Los monjes batallaban con él ásperamente, tratando de reducirle a la impotencia sin conseguirlo, y la jaula amenazaba con romperse, sin que el preso pudiese ser metido en ella.

Kung, furioso ante la resistencia del condenado, gritó:

—Si se niega a entrar tiradle así a los «deggs».

Aquella orden heló la sangre en las venas del bravo criado. Aunque sabía que el final sería aquél, el ansia de vivir siquiera fuese unas horas pudo en él más que todo, y cesando en su resistencia, se

dejó introducir en el jaulón.

Cuando él y su compañero se encontraron dentro y las puertas cerradas con los sólidos candados, cuyas llaves guardó Kung, éste dio orden de volver los soportes, y un monje empujó las jaulas, hasta que éstas quedaron en posición vertical, suspendidas sobre el siniestro pozo.

Los feroces perros debían dormir satisfechos después de su banquete de la mañana, porque ninguno dio señal de alarma, y las aves, en sus nidos, no acudirían hasta que el sol luciese y el olor de la carne colocada en los palos atrajese su ferocidad.

Cumplida la sentencia, el Gran Sacerdote descendió de la plataforma seguido de los monjes, y dejando a uno de vigilancia ante la puerta, que cerró con llave, dio orden de que los demás se retirasen a sus celdas.

Ahora estaba seguro de que los condenados no podrían escapar de allí. Aquel «in pace», del que él solamente poseía la llave, era una tumba inviolable al poder humano, y sólo Buda, realizando un milagro, podía intervenir para salvar a los prisioneros.

Cuando descendió al templo, dio orden de que un monje vigilase en cada galería. Aunque nada podía temer de la misteriosa desaparición del pequeño chino, no estaba tranquilo con su ausencia y quería dejar montada una guardia por si andaba escondido y el hambre le echaba de su refugio para ser cazado como una rata por aquellos feroces monjes.

Satisfecho de la jornada fue en busca de los dos monjes a quienes había dejado en sus celdas. Éstos descansaban de las fatigas sufridas desde que fueran dejados encerrados por Regis y Karus, hasta que uno de los chinos que buscaba a los extranjeros les descubrió desfallecidos y medio muertos de hambre y de sed en la trágica cueva.

Su descubrimiento se debió a uno de los «deggs», el cual siguió su rastro hasta poner al descubierto el escondite.

Luego, en unas jornadas terribles y pesadas, habían conseguido alcanzar el Monasterio, justamente para evitar la huida de sus suplantadores y poder contribuir al castigo de su osada hazaña.

El mogol se informó de su estado, que era satisfactorio y después de darles cuenta del castigo que habían sufrido los impostores les

recomendó que descansasen. Tenía que confiarles la misión de llevar el pliego a Wang-Cheng y debían partir en su busca en cuanto se encontrasen en condiciones de emprender la jornada.

Tranquilo y satisfecho, se retiró a su celda a descansar.

El dormitorio, instalado en la parte trasera de la celda, se componía de una pieza análoga, en la que sólo se destacaban un gran arcón de madera tallada, una esterilla con un jergón y un cobertor y una especie de mesa en la que había una lamparilla, un diminuto gong y una jarra de China llena de agua.

Kung se desnudó dejando sus ropas colgadas de un tosco perchero al lado de la puerta, y se acostó, cubriéndose con él pesado cobertor.

Momentos después su respiración, recia y acompasada, indicó que dormía libre de toda preocupación y remordimiento.

La tenue luz de la lamparilla alumbraba siniestramente su rostro de un verde amarillo, haciéndole más repulsivo, y mi silencio ominoso reinó en la estancia.

Pero este silencio se vio roto imperceptiblemente por un leve crujido que partía de un rincón de la estancia donde estaba empotrado el arcón, y poco después, la tapa se fue lentamente elevando, hasta quedar en posición vertical.

Entonces, una cosa rara, monstruosa, deforme, algo parecido a un fantasma de forma indefinida, surgió del arcón envuelta en un sayal de tonos rojos. El fantasma quedó rígido durante algunos minutos, y luego, como una sombra, saltó a las losas, avanzando suavemente hacia el dormido. Kung...



Colección "Aventuras y Viajes"



Una colección que resume las emocionantes narraciones de los viajes más atrevidos y de las aventuras más audaces.

Cada cuaderno ilustrado con más de 160 dibujos contiene un episodio completo del máximo interés.



TÍTULOS PUBLICADOS:

El explorador perdido
El tesoro de la cripta
El enmascarado del mar
La ciudad del desierto
Buck, el solitario
La catarata de la muerte
La ciudad subterránea
Entre canibales
La reina cautiva
El policía invisible
Lucha entre los hielos
El amuleto chino
El misterio de la mina
El Dragón Escarlata
El velero fantasma
La Reina de los Kukutus

Precio: 1'50 ptas. ejemplar



EDITORIAL

PROYECTO, 2 - TEL. 82981



BRUGUERA

BARCELONA

Notas

[1] El verdadero Buda.

[2] Los naturales del país llaman Peyul al Tíbet.



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».